

VII.

Los sencillos pastores
 De Judá, por los ángeles llamados,
 A ser de los humanos precursores,
 En tributar al gran recién nacido
 Homenajes de amor, á sus hogares
 Volvieron asombrados,
 El prodigio contando enaltecido
 En dulces y tiernísimos cantares.

Mas era ya venido
 El tiempo en que á los hombres otros labios
 De mas autoridad, noticia dieran
 Del gran suceso en Bethelen cumplido.

Los de sencillas almas han creído,
 Ahora toca á los reyes y á los sábios.
 Siguiendo de una estrella
 La marcha caprichosa
 Al través de la atmósfera azulada;
 De Seleucia la bella
 Capital de los Parthos afamada,
 Partió una caravana numerosa:
 Tres magos, sapientísimos varones,
 De su nacion orgullo y altiveza,
 De numerosos siervos escoltados,
 Cabalgando en camellos abrumados
 Só la alta pesadumbre
 De muchos, ricos y preciosos dones
 Destinados á aquel que en la pobreza
 Quiso nacer del mundo; se encaminan
 Del astro amigo á la esplendente lumbre
 A la feliz Belen: á diestra mano
 Dejan detras de sí, como declinan
 Del Eufrates undoso al seco llano
 De destrozados mármoles cubierto,
 El campo solitario
 Dó en otro tiempo fuera Babilonia.
 El viento del desierto
 Rompe solo el silencio funerario
 De aquella inmensa tumba,

Y su alentar que en ecos mil retumba
 Con lúgubre ruído
 En el campo de muerte despoblado,
 Semeja á un hondo, fúnebre gemido,
 De Dios mismo lanzado
 Sobre los restos del poder pasado!

Delante de los régios caminantes,
 Tál como la columna luminosa
 Que á la playa arenosa
 Del Rojo mar guiára en otros días
 Las fugitivas turbas palpitantes
 Del pueblo de Israel; en las sombrías
 Noches, y cuando el sol en su carrera
 De luz inunda la terrestre esfera;

La estrella conductora,
 De la dicha del mundo anunciadora,
 Como mortal viagero, caminando,
 Ya recta, ya oblicuando
 En el campo del cielo esplendoroso,
 Vá en curso caprichoso

Su camino á los Magos señalando.
 Y cuando del reposo
 El hora del viagero apetecida
 Llega, la clara estrella, suspendida
 Sobre las tiendas cándidas, parece
 Que en su lecho de nubes se adormece;

Y la aurora venida,
 Dá otra vez la señal de la partida.
 Así pasando van por la llanura
 Tan rica de verdura
 De la opulenta Asiria y sus ciudades;
 La populosa Arbela,
 La altiva Cangamela,
 Dó del gran Macedon al fuerte brio
 Quedó deshecho el infeliz Dario;
 Y aquel funesto ejemplo á las edades,
 El campo dó fué Ninive altanera,
 Que en inflamada hoguera
 Del cielo en rojos mares desprendida,
 Castigo de sus torpes liviandades,
 Toda quedó en pavesas reducida,
 Del alto templo á la cabaña oscura.

Y siguiendo en la altura
 De la estrella la marcha infatigable,
 Pisaron la comarca bendecida
 De la Mesopotamia: deleitable
 Region, entre los cauces comprendida
 Del Eufrates y el Tigris caudalosos;
 Y luego en los senderos arenosos,
 A la lumbre del astro que camina,
 Entraron de la seca Palestina.

Por fin á la mitad de un claro día
 Cuando el sol mas fulgente relucía,
 Las elevadas torres divisaron
 De una grande ciudad, cuyas agudas
 Veletas, en los aires descollaban
 Sobre las cimas áridas, desnudas,
 De las montañas mil que la cercaban.
 Y los pechos henchidos de alegría,
 ¡Jerusalen! ¡Jerusalen! gritaron,
 Y á la Sion terrestre saludaron.

Mas de la sed ardiente
 Fatigados, llegaron con premura
 A apagarla en la linfa transparente
 De una cisterna oculta en la verdura
 Que á la orilla del árido camino

Les deparó el destino.
 Desalterados ya, la amiga estrella
 Volviéronse á mirar; mas los euitados
 Ni el astro luminoso, ni su huella
 Pudieron descubrir; desorientados
 A la Santa Salem se dirigieron:
 “Esta es, sin duda, la ciudad, dijeron,
 “Cuna feliz del jóven rey Mesías
 “Que anuncian las antiguas profecías:
 “¿A qué dudar?—Por la primera puerta
 “Que entremos en Salem, las colgaduras

“Preciadas, las esencias olorosas,
 “Los ramos de palmera entretegidos,
 “Los alegres sonidos
 “De las arpas hebreas; las ruidosas
 “Danzas, y los triunfales alaridos,
 “Bastante nos dirán, sin duda alguna
 “Dónde del niño rey yace la cuna.”

Mas al entrar por la ferrada puerta,
 De la ciudad famosa,
 Melancólica, mustia y silenciosa,
 Cual si de hombres hallárase desierta,
 La vieron con espanto. Una espaciosa
 Calle tomaron, en la cual se vian
 De distancia en distancia algunos hombres
 Que el extranjero séquito miraban
 Y entre sí recatados departian
 O en torno de los sábios se apiñaban.

Entre tanto los Magos preguntaban
 Por el rey inmortal recién nacido;
 Pero los Salemitas se admiraban:
 “¿En dónde habeis oido
 “Esa nueva feliz?” les respondian,
 Y con aire de duda, sonreian.
 “El que reina en Judá, no es el Ungido

“ Del Señor, ni del pueblo el escogido:
 “ Es un vil extranjero
 “ Quien del trono á los bárbaros comprado
 “ No tiene por fortuna un heredero.”

Los sábios con semblantes consternados
 Siguieron por la calle populosa
 Dó en mas felices dias descollaba
 Con planta magestuosa
 De David el palacio celebrado.
 De la fábrica antigua esplendorosa
 En el recinto ahora destrozado,
 Levantaron sus tiendas los viageros
 Entre espinosas zarzas y entre flores.

Mas acaso officiosos servidores
 Del rey, fueron ligeros
 A contarle de aquellos extranjeros
 La venida y sus causas.—Mil temores
 Asaltaron entonces al tirano.

“¿Acaso un sueño vano
 “ Podrá ser de los sábios soñadores?
 “¿O el verdadero *Schilo* en otros dias
 “ Por el mismo Jacob vaticinado?”
 Entonces de la ley á los doctores
 Convocó á su palacio sin tardanza.

“*¿En dónde ha de nacer el rey Mesias?*”
 Les preguntó entre el miedo y la esperanza:
 Mas ellos no dudaron,
 Y, “En Belen de Judá” le contestaron.

Herodes, al oirlos, en el pecho
 Su temor encerrando y su despecho,
 A los sábios de Iran llamó en seguida,
 Y como la serpiente, que escondida
 Entre las flores del ameno prado,
 Acaso deja ver el tachonado
 Cuerpo, mas nunca el arma bipartida
 Que causa al hombre la mortal herida;
 Con benévola faz, disimulando
 Su malvada intencion, va preguntando
 Cuanto ansía saber, y satisfecha
 Ya su sangrienta saña: “Id en buen hora,”
 Les dijo á los que libres de sospecha
 Le escuchan: “A ese niño á quien ya adora
 “ Mi pecho, buscareis con gran cuidado;
 “ Y así que su mansion hayais hallado,
 “ Me avisareis, á fin que el homenaje
 “ Le lleve de mi humilde vasallage.”

Y los Magos partieron,
 Y presurosos de Sion salieron

Por la segura puerta
De Damasco llamada.—En el altura
Vieron resplandecer con lumbré pura,
La estrella de sus pasos conductora.

La marcha antes incierta
Siguiéron por el áspera llanura

De regocijo llenos;

Mas cuando mas agenos

De alguna variacion, van caminando
Del rey profeta á la ciudad; cambiando
De direccion la estrella en su camino,
Sobre un establo rústico vecino
Entre las blancas nubes deseendiendo,
De pronto se detuvo. El portentoso
Prodigio los viageros comprendiendo,
Con ademán humilde y respetuoso
De sus cabalgaduras desmontaron
Y en el oscuro asilo penetraron.

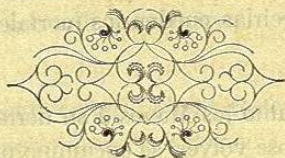
Y el calzado en sus plantas sostenido
Con riquísimas cintas, desataron,
Y el polvo del umbral enaltecido
A las añosas frentes elevaron.
Y al ver al celestial reciennacido,
Postrados contra el suelo, le adoraron;
Primero en gracia si en amor segundo,
Tributo que al Mesías diera el mundo.

Y los cofres abriendo esplendorosos
De preciadas maderas construidos,
Sacaron los perfumes olorosos
En los campos del Yemen recogidos,
Y oro puro: presentes misteriosos,
Tesoros y perfumes ofrecidos;
El oro al rey, la mirra al ser humano
Y el incienso al Eterno soberano.

Y aquesta fué la postrimer escena
De mundano esplendor que vió MARIA,
Cuya primera edad pasó serena
Del templo entre la mística armonía:
La otra de pasmos y prodigios llena,
Un porvenir le anuncia de agonía,
De tales penas y de angustias tales
Que ni decir las pueden los mortales.

Entre tanto los Magos á su tierra
Queriéndose volver, se encaminaron
Hácia Sion por la elevada sierra;
Mas apenas sus torres divisaron
El paso un ángel del Señor les cierra,
Y advertidos por él, atras tomaron,
Para evitar de Herodes implacable
El enojo para ellos formidable.

Del muerto mar, los álitos huyeron
 Segun la indicacion del ser divino,
 Y á otro confin sus pasos dirigieron
 De mas seguro y plácido camino:
 Y en su rápida fuga prosiguieron
 A la lumbre del Sol y al vespertino
 Resplandor, que, curando su fortuna,
 Blanda les vibra la argentada luna.



LIBRO OCTAVO.

LA PURIFICACION.

Subiendo va con trabajo
 Por una elevada sierra,
 Reducida caravana
 De dos personas compuesta:
 Mas no son dos; que si osado
 Las orlas el aire eleva
 Del cumplido manto oscuro
 Que reviste á la una de ellas;
 Tal como acasó la luna
 En noche clara y serena
 Entre blancas nubecillas
 Asoma la faz risueña: